

tes los últimos tiempos y más influyentes en la situación actual de la filosofía, así como de los grandes problemas que esta ha tenido que afrontar. Creo que no hace falta recordar que la esencia de la filosofía son los problemas, las preguntas. Si bien es esta una frase manida y, quizá, poco comprendida, con la lectura de esta obra uno consigue entenderla a la perfección. Todo problema y toda pregunta, no son sino una parte de un diálogo futuro. Problema y solución, ambos cambiantes y revisables, son los interlocutores del diálogo en el que se mueve el pensamiento, y la crítica es la mediación que los une, es la condición que hace posible ambos. En ese mismo medio es donde Habermas sitúa a la racionalidad, en la relación misma de la comunicación entre interlocutores de una sociedad, representando cada uno de ellos los problemas, las críticas y las soluciones; una sociedad con unas prácticas teóricas y materiales movidas por un interés de emancipación con respecto a la naturaleza y las necesidades que esta impone, y con respecto a la dinámica de la sociedad misma.

Sergio LÓPEZ GÓMEZ  
sirlogo@hotmail.com

ZAMBRANO, M.: *Confesiones y Guías*. Edición, introducción y notas de Pedro Chacón, Madrid, Eutelequia, 2011, 166 pp.

Esta edición de diversos escritos de la pensadora española, la mayoría de ellos de comienzos de los años cuarenta del siglo pasado, contendría lo esencial de su reflexión acerca de la naturaleza de las Confesiones y las Guías como géneros literarios pero a la vez métodos del pensamiento, alternativos al dominante occidental de la razón discursiva. Además de la ingrata tarea de fijar los textos, y de unas espléndidas notas que incrementan su valor, y el interés de su lectura, al aclararla y diversificar su contenido, le debemos al profesor Chacón una Introducción, “Otros Caminos del Pensar”, que ilumina de la mejor manera posible el contexto histórico-biográfico en que nacieron estos escritos tan nuclearmente zambranianos, como habría de subrayar Fernando Savater en la presentación de la obra en la Librería Alberti de Madrid, junto a José Miguel Marinas y el propio Pedro Chacón. Y que además nos pone, dicha Introducción, en la pista del modo en que, zambranianamente, se aparecería la absoluta necesidad de la razón poética a partir, también, de las experiencias de que brotaron estos escritos aquí reunidos. Todo viene a parar en el palpito de que la tragedia europea de estos años terribles tiene mucho que ver con el escamoteo intelectualista de la realidad, o sea, su sustitución por una mera construcción, la matemática, que se haría pasar violentamente por realidad, sin serlo. Pero a nosotros nos da la impresión de que la reivindicación de la vida real tampoco tiene que ser necesariamente idéntica al lamento por el hundimiento de la cultura cristiana, ese tan cómodo expediente de achacar el nihilismo a la pura mentira o a la impostura enmendables. Como si el nihilismo no hubiese sido un proceso perfectamente *real*...

#### *El número*

Se podría estar de acuerdo con Zambrano en que hay una salida *definitiva* a la tragedia que es siempre la vida humana— nacimiento, muerte, e injusticia entre medias: porque todo

vaivén de la fortuna es injusto, y por otra parte es trágico que no me escuchen o no se deje oír mi voz (María *dicit*)—: la *filialidad* (o sea, religación), con el consiguiente descubrimiento de nuestros hermanos en los otros hombres. Pero hay que tener bien presente que esta tan añorada filialidad puede venir servida al modo cristiano (la Casa del Padre) o a la manera pagana en general (la Gran Madre Tierra). Incluso cuando se ha dicho *Permaneced fieles al sentido de la Tierra*, no se estaba con ello significando, sino *todo lo contrario*, que se pudiera o se tuviera que renunciar a la “trascendencia”, al ir más allá de sí o por encima de sí, y de ningún modo a ese padecer la trascendencia que sería, al fin y al cabo, lo definitivo del hombre.

La razón matemática greco-moderna excluye de antemano el misterio, por ello representaría por así decir el ocultamiento de la Tierra, por eso implica la represión de las entrañas. Pero ha sido ésta la salida filosófica de la tragedia para nosotros los occidentales, el acceso a la sociedad sin padre-madre. Más que la salida verdadera, por consiguiente, el simple olvido de la tragedia.

Esa razón matemática decreta que lo no numerable, sencillamente, no existe. Con ella tendríamos solo una manera, todo lo privilegiada que se haya querido, de *arreglárselas* con lo real, pero una manera devenida tan potente que acabará decidiendo, en delirio de soberbia, que lo real no es de verdad real, en tanto imaginado al margen de su construcción. Aunque ocurre que la tragedia sigue estando ahí, naturalmente, agazapada en el fondo, y con intención de emerger, toda esa crueldad de lo real (lo real no numerable) que no daría tregua.

Y entonces, las maneras de aclararse consigo mismo, y así de salvarse, serán las de los saberes que sí manifiestan la vida o el corazón. Acaba resultando que lo que es incomprendible (para la razón matemática) sin embargo existe, y, por si ello fuera poco, lo incomprendible para esa perspectiva sería en algún sentido justamente lo real o lo más real. Pero sí que es comprensible eso real para los otros saberes, entre literatura y filosofía, para la razón poética, en definitiva, que mide de otro modo, *oscurementemente*. De un modo tal que se hace capaz de medir el “alma” (el corazón, las entrañas). La palabra poética nos permite *conocer* el alma (revelar las entrañas) porque es la medida que pone en forma lo no numerable.

### *Confesarse*

Se confiesa uno, en primer lugar, para que le perdonen o cuando menos le disculpen, o sea, para que le *comprendan* desde una medida que le aporta el otro, o le ofrecería como contraste, una medida para aplicar a sus acciones y a sus pensamientos. Porque todo sentirse culpable o *pecador* no significa otra cosa, cuando no es puro desatino, que no comprenderse a sí mismo. Y si uno necesita confesarse, es decir, que le comprendan para solo así poder comprenderse él a sí mismo, es justamente porque habría llegado a un punto verdaderamente terrible en que se ha perdido casi del todo, hasta el extremo de que ya no es capaz de comprender nada. Entonces se siente uno verdaderamente mal, porque se siente culpable o incluso pecador. Perdido como está entre las criaturas, hecho fragmento o cachos, despedido de su unidad que le daba ser. Porque resulta que habría amado mal, puso su amor en las criaturas, no en su Creador. Y entonces uno no es nada, a no ser que se recolecte de entre los fragmentos a los que se había adherido, llegando a ser así, por fin, el sujeto que de verdad es, en el momento en que se hace capaz de reflejar en el centro de su alma la misteriosa Unidad Suprema del Padre que le ama de verdad. En este valle de lágrimas impera la

muerte o el pecado, es decir, ninguno somos, porque amamos sombras. Pero en la confesión lograda enderezamos nuestro amor, o aprendemos el ejercicio de amar bien, y entonces, cuando el confesarse se consuma, ya seríamos para siempre los que somos.

Este desamparo del hombre al final del mundo antiguo, que habría superado Agustín de Hipona sobre todo confesándose, lo va a comparar Zambrano enseguida con la soledad radical del hombre moderno encerrado en la cárcel de su conciencia, que es esencialmente matemática, sin padre ni madre ni hermanos, pura cárcel del número. Aislamiento de la vida, sentirse extranjero, exiliado en ella. Pero es también algo muy propio de la tragedia humana la soledad metafísica, soledad que de nuevo vendría a significar la *pérdida* de la filialidad, y por tanto de la hermandad. La soledad del matemático estriba en que numera a los demás matemáticos, solo así los trata, y se numera también a sí mismo, tratándose solo así. Y es entonces que se hace el silencio, el pavoroso silencio.

Ese intento de recuperación de la unidad y de la sociedad, que nos muestra Zambrano a partir de los escritos confesionales de Rousseau, habría tenido lugar, sin embargo, en el ámbito puramente *imaginario* del vivir literario. Nace este «derecho a la evasión suprema», que es la literatura, del padecer la dispersión anonadante de la vida cotidiana, con su aburrimiento, mortal de necesidad, o la falta de vocación que decía Heidegger, más o menos la misma en todas las épocas. De la carga de la vida, del duro oficio de ser humano, nos habrá de librar entonces el entusiasmo de la creación incondicionada. Porque este ámbito de lo imaginario resulta serlo, paradójicamente, por pura pretensión de veracidad.

En tanto surrealistas, o si hemos sido marcados como “hombres subterráneos”, estaríamos decididos a dejar de representar o a quitarnos de una vez la máscara, cueste lo que cueste. *Fiat veritas*, y entonces, ya se sabe, *pereat mundus*. Pero ello solo sería posible en la literatura, de ningún modo en lo real, porque la crueldad de lo real no nos lo permite.

Los dos últimos apartados del texto dedicado a la Confesión como género y como método son sin duda de capital importancia para nosotros porque lo serían para nuestra comprensión del espíritu mismo de la obra zambranianiana. Lo escrito aquí a cuenta del Surrealismo poco tiene que ver con lo imaginario rousseauiano, por ejemplo; antes bien con el descubrimiento, solo posible a través del arte, de ese centro íntimo y vivo de toda creación que supone el desmentido más rotundo a la dictadura de la conciencia matemática. Y la lucha por sacar adelante a las criaturas semivivas no toleradas por esa dictadura, criaturas que bullen continuamente sin dejar respirar a los «hombres subterráneos», hombres cuya única dote es la originalidad, es la lucha de la esperanza de una humanidad que no se resigna al abandono de sí misma. Nietzsche, Kierkegaard, Baudelaire, Rimbaud, Dostoyevsky se sacaron adelante a sí mismos al ir dando a luz a sus criaturas, a pesar de toda la oposición de su época vacía de *piedad*. Contrarrestaron, creando, la ausencia absoluta de filialidad, por el curioso expediente de hacerse padres y madres de sí mismos, y de este modo arrojaron de sí su tremenda tragedia. Virtualidad metafísica sin límite la que sería propia de la escritura creadora. Capaz de hacer nacer al sujeto en una época falta de sujetos verdaderos, sin filialidad.

### Guía

La variante que encarna esa otra modalidad de saber de la experiencia que es la Guía, modalidad tan presente, en lo que insiste Zambrano tanto, en nuestra cultura hispana, es la variante de la acción. Porque toda Guía es siempre, en el fondo, para perplejos, para los que

no están en sí mismos inspirados pero por supuesto necesitan de inspiración para actuar cabalmente. Es decir, para la mayoría de los humanos, cuya vida es pura dispersión, y naturalmente desesperan de ella ansiando la idea que unifique su vida. Que la vida carecería por sí misma de unidad, y por eso necesita de la forma, de la idea, es decir, necesita tanto de la inspiración como de la disciplina, esto es algo evidente para María Zambrano. De ahí la importancia que le acuerda a las Guías como portadoras de ese peculiar método capaz de informar lo que de otro modo no pasaría de ser puro caos o pesadilla de la existencia.

Mariano RODRÍGUEZ GONZÁLEZ  
Universidad Complutense de Madrid

HUME, D.: *Investigación sobre el conocimiento humano. Investigación sobre los principios de la moral*, edición y prólogo de Jaime de Salas, traducción de Jaime de Salas y Gerardo López Sastre, Madrid, Tecnos, 2007, 477 pp.

Se acaba de cumplir el tercer centenario del nacimiento de David Hume y creo que este acontecimiento es una buena ocasión para revisar una edición reciente de las dos *Investigaciones*, que, como todo lector de Hume sabe, él consideraba sus obras más conseguidas, especialmente la segunda. Ambas *Investigaciones*, como también conocerá el lector informado, son el resultado de un intento de reescribir los libros primero y tercero del *Tratado*, de manera que fueran más accesibles para el público culto. Hume, como dice en su *Autobiografía*, tenía la idea, posiblemente equivocada, de que el *Tratado* había nacido muerto de las prensas y que eso se debía, fundamentalmente a fallos de razonamiento y de estilo, que pretendía corregir con la nueva redacción. Por eso Hume quiere, como señala en la “Advertencia” que escribió el año antes de su muerte, y mandara anteponer a una nueva reedición de los *Ensayos y Tratados* (en la que se incluían las dos *Investigaciones*)<sup>5</sup> que, a partir de ese momento, dichas obras se tuvieran por la expresión definitiva de su pensamiento, frente al *Tratado*, que consideraba una obra de juventud y donde, según el filósofo escocés, de una manera desleal y malévolamente, se habrían centrado sus críticos. En una carta dirigida a Gilbert Elliot, y escrita hacia marzo o abril de 1751, volvía a advertir contra la lectura del *Tratado*: “Creo que los *Ensayos filosóficos* contienen todo lo importante relativo al entendimiento que podáis encontrar en el *Tratado*, y os recomiendo que no leáis este último. Al abreviar y simplificar las cuestiones en realidad las hago mucho más completas. *Addo dum minuo*. Los principios filosóficos son los mismos en ambos” (L, I, 158). Las diferencias entre las *Investigaciones* y el *Tratado*, sin embargo, no se reducen a una disminución del contenido y a una mejor redacción, sino que son más profundas desde una perspectiva filosófica, especialmente en la primera. Por un lado, los argumentos son más explícitos y más claros, siguiendo una línea de desarrollo sin digresiones y centrándose en lo fundamental, lo que propicia una mejor comprensión de las tesis humeanas y de las conclusiones a que llega. Por otro lado, como apunta Salas en la introducción que comentaremos más abajo, en realidad hay un cambio de acento en la manera de entender la filosofía. Se pasa de un intento de

<sup>5</sup> Cfr. carta a William Strahan (*The Letters of David Hume*, ed. de J. Y. T. Greig, 2 vol., Oxford, Clarendon Press, 1932 –reimp. de 1969– [a partir de ahora citadas por la sigla L ], II, 301), su editor de entonces.